

3.- La naturaleza religiosa del hombre a través de la historia.

a) Una búsqueda interminable.

Desde que el hombre aparece sobre la faz de la tierra, surgen en su interior diversas inquietudes que tienen que ver con su origen, su razón de ser en medio del universo, y la incertidumbre de su futuro. No se trata de que él haya decidido friamente que le convenía ser religioso; sino que esta disposición es una reacción natural a una necesidad también natural; tanto como lo son el comer, el dormir o el beber.

Es así como se encuentran vestigios de este afán por encontrar respuestas en los lugares más diversos del universo habitado. Las más notables obras de arte están dedicadas al enaltecimiento de asuntos místicos: desde los rústicos menhires hasta las imponentes pirámides de Egipto; desde los humildes túmulos de piedras reunidas junto a las tumbas, hasta los preciosos templos de la Acrópolis griega; desde las diminutas figuras dibujadas en utensilios domésticos, hasta los gigantescos moais de la Isla de Pascua; desde las toscas pinturas rupestres de las cuevas prehistóricas, hasta las estilizadas estructuras de los templos construidos en la actualidad.

Lo que se sabe de las sociedades primitivas, se deduce principalmente de lo que se ha encontrado junto a las tumbas. Comúnmente ello consiste en utensilios para la sobrevivencia, tales como herramientas, armas y vestimentas; que sugieren la creencia en que los difuntos accederían a una vida similar a la que habían experimentado frente a sus herederos. Hasta los mas antiguos documentos escritos hablan de solemnes ceremonias, que son realizadas en honor de los que han emprendido su último viaje; como para no perder la esperanza de volver a verlos algún día.

Vemos con esto, la profunda espiritualidad que se desarrolla en torno al significado de la muerte. Sin duda, este enigma que no se somete a los argumentos racionales que se desprenden de nuestras experiencias vitales, sigue siendo hasta el día de hoy el principal estímulo para buscar un sendero hacia *el o los personajes* que puedan proporcionar al hombre una explicación satisfactoria.

En los primeros siglos de la existencia humana, parecía lógico que estos *dioses*, como se les llamaría más tarde, tuviesen capacidades superiores a las de los hombres.

De esa forma, llegaron a ocupar un lugar preponderante en la vida cotidiana de muchas sociedades; ya que serían capaces de proporcionar a sus *adoradores* una serie de favores relacionados con la sobrevivencia, la protección, el bienestar y el progreso. Surgieron también con ellos los *sacerdotes*, que pasaron a ser los verdaderos entendidos en los temas religiosos; cuya labor ha sido hasta hoy el instruir a los individuos comunes y corrientes, e interceder por ellos ante la divinidad, en determinadas ocasiones.

No resulta extraño entonces, al contemplar las grandes batallas de la historia, distinguir a los caudillos alentando a sus soldados a combatir y conquistar territorios en nombre de sus dioses. Luego les vemos honrando a éstos por su triunfo, y levantando sitios sagrados para acercarse a ellos; dando origen a los altares y a los templos. Así es como ciertas civilizaciones, junto a sus creencias, sobrevivieron en desmedro de otras; que sucumbieron junto a las suyas.

Y en base a los triunfos militares se sustentaron muchos gobernantes. No fueron pocos los que, viendo la conveniencia política, hicieron de las doctrinas religiosas un asunto de estado, imponiendo las ideologías de moda a sus súbditos. Algunos de estos líderes llegaron a presentarse como los dioses mismos, y en virtud del temor que causaba el poder que ejercían, oprimieron a los pueblos con grandes trabajos y tributos. Otras veces se arrogaron la autoridad para poner y sacar jerarcas eclesiásticos, pervirtiendo así la fe de muchos, que veían como la hipocresía y la ambición superaban a los valores más dignos.

Sin embargo, siendo el hombre *un ser racional*, no se conformó con creer simplemente; sino que también ha pretendido encontrar un sentido lógico a sus creencias heredadas, y a las de sus semejantes. De este modo, ha querido determinar si existe un dios, cuál es su naturaleza o personalidad; e incluso si es posible llegar a conocerle aún cuando exista realmente. Estas posiciones dieron origen a la *Teología* y a diversas concepciones filosóficas sobre la idea de un ser superior.

Finalmente, con el advenimiento de la ciencia y sus métodos, el hombre comenzó a descubrir muchos principios naturales, que daban una explicación causal de fenómenos que le habían inquietado desde siempre. Entonces se sintió alentado para contradecir las convicciones religiosas que habían orientado a sus ancestros. La

tecnología, por su parte, creó muchas aplicaciones que le hicieron sentirse más seguro frente al universo y sus misterios. Poco a poco, fue tornándose en un dios para sí mismo, ufano de su poder y de su conocimiento.

Sin embargo, ahora que es poseedor de un bienestar nunca imaginado por aquellos que forjaron las grandes religiones anteriores al Renacimiento histórico; aún parece no sentirse satisfecho. Y en lugar de disfrutar de sus conquistas, este moderno ser desposeído de su espiritualidad antigua, vive sumido entre la depresión, el agotamiento y la angustia; lo que se revela en flagelos tales como la drogadicción, el alcoholismo, el tabaquismo, las desviaciones sexuales, la delincuencia, la inmoralidad y la falta de ganas de vivir.

¿No debería llevarnos este oscuro panorama, a preguntar una vez más: Quién será el que nos ilumine, para no caer en el abismo?

Jesús dijo:

Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.

San Juan Cap. 8 Ver. 12